



JUAN RADRIGÁN, EL INCONFORMISTA

'HOY LA RAZÓN ESTÁ EN UN HOSPITAL'

CREATIVO, REBELDE, DE PLUMA SÓLIDA Y LENGUA AFILADA, UNO DE LOS DRAMATURGOS MÁS COTIZADOS DE LA ESCENA NACIONAL INCURSIONA EN TERRENO PANTANOSO. EL DE LA ASTRACANADA, ANTIGUO GÉNERO ESPAÑOL, EN DONDE BEBIÓ VALLE INCLÁN. CON OBRA NUEVA Y REFRESCANTES DICHOS, AQUÍ, DE CUERPO PRESENTE, RADRIGÁN VERSIÓN 2003.

Por MARÍA CRISTINA JURADO Fotografías: ALVARO DE LA FUENTE

¿Por qué le gusta tanto meterse en las patas de los caballos? —Es como una voluntad, aspira el humor con fuerza, cuchareas el café con amoníaco, una visión de decir lo que pocos se atreven a decir o, mejor dicho, casi nadie.

—Rodrígán se mete con Dios, con la muerte, con Lurzbel, con la Iglesia Católica. Se metió con el régimen militar en sus peores tiempos...

—Ah, pero nunca dejó que titilaran de políticas más otras. El teatro que ya escribió tiene que ver con valores humanos, con los temas de siempre, los suyos, los míos: el amor, el dolor, el estupor. ¿Por qué etiquetar al?

Juan Rodrígán, dramaturgo consagrado en la escena chilena —66 años, medio siglo escribiendo, cuarenta premios en Chile y en el extranjero, traducido en muchos idiomas— viene los juicios más lapidarios sin inmutarse. Este trío de familia humilde que ejerció en su vida más de una docena de modestos oficios (dónde más duró

fue en la industria textil, como mecánico de tejar por más de veinte años") llegó a la escritura por pura desesperación: la de expresarse para poder seguir viviendo.

Hoy, cuando crea, encumbrado junto a los pocos dramaturgos de vanguardia que hay en Chile, es reconocido por todos como uno de los más originales y sólidos. Autor de una obra que ha sido más de alguna vez entreverada por largos períodos de intrucciones. Rodrígán es así. Sin pases ni aires de divo intelectual. Cuando dice algo que dice, lo grita a los cuatro vientos. Cuando no, se retira y seconde y poco le importa lo que los demás opinen.

—Hay pafabres recurrentes en su vida y su obra: dignidad, porosis, dolor, estupor.

—Pero parece que la raíz de todo es el estupor. Suspecho que se escribió esencialmente por sorpresa: uno, ante un cuadro de horror que no entiende, no logra racionalizar. Por eso, una obra de teatro es siempre una pregunta, jamás una respuesta. Lo que ya trato de enseñar en mis

clases del Arcis y la Universidad de Chile, es que se debe escribir como si mañana lo fueran a matar a uno. Hay que ser sincero.

—¿Usted es así?

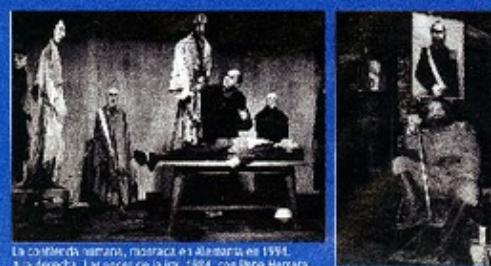
Toda mi vida. Empecé a los 17 a hacer unos cuentos malísimos, cabelleros, licenciosos. Si el Zolo Reyes escribiera cuentos, serían como los míos. Es que eran en blanco y negro: los protagonistas eran pésimos, pero pésimos, o estaban santiificados. Ningún rotz. Tuve la sujeción de publicar porque en ese tiempo se podía pagar en cuotas en la famosa imprenta de los hermanos Arancibia. Todos publicaban y así nos llamamos de escritores faciles. La literatura social critica es la pior de América Latina: provinciana, tísica y escuálida.

Nunca tuvo nodo que hacer con el cuento o la novela, evoca y se ríe, mientras sigue revolviendo su café con azucarito. Y, intenta manejaba hilados y máquinas, pasó los veinte años siguientes escribiendo sólo para sí mismo. Recién en 1978 afloró el dramaturgo, casi por casualidad.

—Yo había visto sólo dos obras en

mi barrio Franklin: *El rey se muere*, de Ionesco, y *La ópera de tres centavos*, de Brecht. Un día, me siento y empiezo a escribir diálogos como un chorro, las ideas me flulan y ya no puedo parar. Así salió *Testimonio sobre la muerte de Sobrino*. En un momento de audacia —soy extremadamente tímido— se la llevé a Gustavo Mezza y él a Ana González, quienes la montó de *Intermedio*. Tuve mucha suerte y un debut demasiado fácil.

Lo que llama la facilidad fue para la escena nacional de esa época, fines de los setenta, la revelación de un gran talento. Rodrígán continuó escribiendo —su monólogo *Sin motivo aparente* para Nelson Brodt se hizo célebre en 1979— y comenzó a acumular premios. En los '80, aunque muchos intentaron encasillarlo en la dramaturgia de protesta, él se resistió y se resistió cún a las etiquetas. Para Juan, la libertad es la esencia de la creación. Con sus personajes de gran dignidad, un lenguaje poético divorciado de lo pantiurero y rigor en la escritura, este teatrista sembró un camino personal que hoy, casi treinta años



La confesión de visitante, rodada en Almendra en 1991. A la derecha: La escena de la ira, 1984, con Pepe Herrara.



Rehenes consumidores, 1991. A la derecha: Medea, no juegue, 2000, con Silvia Merlo.

Hoy la razón está en un hospital : [entrevista] [artículo]
María Cristina Jurado.

Libros y documentos

AUTORÍA

Radrigán, Juan, 1937-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2003

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Hoy la razón está en un hospital : [entrevista] [artículo] María Cristina Jurado. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)